

CLAUDIO MAGRIS, PARADIGMA DE FRONTERA:  
*EL DANUBIO*

*M.<sup>a</sup> Rosario Ferrer Gimeno*  
Universitat de València

---

Si existe un autor icono de frontera, sin lugar a dudas, éste es Claudio Magris (Trieste, 1939). El hecho de nacer y vivir en una ciudad de frontera le empuja a la búsqueda de una identidad. Trieste ha sido austro-húngara, serbia, yugoslava, ahora italiana, ¿mañana?... Esa indefinición espacial lleva al propio autor a reflexionar sobre el concepto de identidad y de nacionalismo y, en consecuencia, a reivindicar la frontera como espacio vital. Pero vivir en un espacio indefinido implica una cosmovisión en donde la patria sólo es una zona de vínculos humanos cambiantes, la literatura es el único medio por el que buscar, encontrar o destruir la propia identidad.

Desde esta convicción Magris iniciará su particular búsqueda y la sintetizará en su obra *El Danubio* (1986). El éxito le ha acompañado en cualquiera de los idiomas a los que ha sido traducida, prueba de ello son las numerosas reediciones. En ella describe el sentir de millones de personas cuyas vidas han estado marcadas por un río, el Danubio, que les ha obligado a vivir siempre en la frontera, a replantearse continuamente su identidad según los avatares de la historia. Para referirse a los países que rodean el río y viven influidos por él, Magris prefiere usar el término Mitteleuropa en lugar de Centroeuropa porque el primero tiene un matiz cultural del que carece el segundo, como será explicado posteriormente. Además, en Mitteleuropa se concretiza la misma división del mundo del siglo XX, traumatizado por dos guerras mundiales que han decidido su destino y han fijado sus fronteras. A pesar de los nuevos acontecimientos políticos europeos ocurridos después de la caída del Muro de Berlín y de la desaparición de la URSS, él continúa considerándose autor de frontera porque en ella está la creatividad, y hoy más que nunca es necesaria la creación de frontera.

Siguiendo el curso del río inicia un viaje como metáfora de la vida. Una reflexión que busca en la memoria heredada una identidad que ha condicionado y mediatizado los contenidos de sucesivas y futuras memorias (Lledó, 2000:

135). Además, con ella inicia su obsesión por la frontera que perdura como tema recurrente hasta la actualidad, como también constata Pellegrini (2002: 63-73).

## 1. FRONTERA

Magris vive instalado en la frontera física e intelectual, pero eso no significa un “extrañamiento” de todo lo que pueda encontrar al otro lado de la misma ni una nostalgia indefinida en la búsqueda de algo desconocido, sino más bien demuestra tener los ojos del viajero ávidos de saber: todo es siempre novedoso y objeto de estudio. En su propia terminología ansía la persuasión. Por persuasión entiende un saber identificarse con el fluir de la existencia, un movimiento permanente, una forma de vivir el presente en su plenitud para escapar de una concepción de la vida moderna donde el pasado no cuenta, lo que priva al individuo de una parte importante de su propia identidad:

El hombre contemporáneo es consciente de que la unidad se ha roto para siempre, de que andar es una recta infinita, pero, aunque sabe que nunca más encontrará el punto de unión del individuo con todo el universo, continúa deseándolo por lo menos para tener una pálida sombra de la armonía que existió, o sea para poder volver a casa, como el mítico Ulises, cargado de años y de cicatrices, pero también enriquecido por inolvidables experiencias (Aversa, 1999: 78).

Desde esa concepción trata de vivir todo su viaje Claudio Magris. Una persuasión que todos hemos de experimentar porque, de lo contrario, consumiremos nuestras vidas en una espera que nunca se materializará en nada positivo; como la misma cultura mitteleuropea vivida hasta ahora en la insensatez de la nada, como demuestra en *El Danubio*.

En Magris frontera e identidad son inseparables, pues el hombre siempre está en la frontera, en el límite de la indefinición, y primero hay que saber quién se es. Él siempre ha vivido en tierra de nadie, Trieste, a orillas del mar Adriático. Ha soportado un peso histórico que no ha logrado superar y que busca en los espacios “cerrados” de Mitteleuropa su frontera como lugar de identidad. La frontera es el límite entre lo exterior y lo interior. Si él se encuentra en el límite, Trieste, lo exterior es el mar y lo interior es la Mitteleuropa. Una respuesta a una indefinición personal en un claro contraste con Roma, la capital italiana, heredera de un grandioso pasado y abierta al mar, al espacio épico, a la evasión de los límites.

Desde la publicación de *El Danubio* todas las obras son una reescritura de la misma obra; Magris sólo cambia el “transcurrir” del espacio pero no el punto de partida o de llegada. En ese afán fronterizo de Magris llama la atención la

identificación de sus obras con líneas o figuras geométricas; todas relacionadas con la frontera: la línea. Así, *El Danubio* se asocia con una recta, no tiene principio ni fin como el río al que alude. *Microcosmos* (1997), representado por un círculo, parte del Café San Marcos en Trieste, da la vuelta circular y vuelve a él. *Utopía y desencanto* (1996), conjunto de artículos, describe una línea quebrada: los altibajos anímicos del autor al reflexionar sobre la frontera y todo lo que para él conlleva. *Otro mar* (1991) es identificable con un triángulo cuyos vértices están descritos en el trayecto de Trieste a Argentina, a la zona balcánica y de vuelta a Trieste. Y, como último ejemplo, *La exposición* (2002), reconocible en una línea discontinua, como las ideas entrecortadas expuestas por el protagonista, Timmel, nacido en Viena y fallecido en Trieste.

En todas ellas, Trieste -como el ensayo que le dedicó: *Trieste. Una ciudad de frontera* (1982)- siempre es ese punto de partida incierto, aunque sea un espacio físico concreto al que se regresa después de haber aprendido lo que hay más allá de ese punto.

Para Magris toda frontera es el resultado de una inseguridad individual y colectiva que obliga a definirse siempre frente al otro. Así, el individuo ante la incerteza de su origen, primero, se pregunta qué supone pertenecer a una u otra nacionalidad, sobre todo cuando es tan cambiante como la suya: “a menudo es la obsesión de poner a alguien o algo al otro lado, para comprender que cada uno se encuentra ora de este lado ora del otro —que cada uno, como en un misterio medieval, es el Otro” (Magris, 2001a: 58). Y, segundo, se ha de buscar la respuesta como colectivo, como grupo de individuos dentro de una sociedad, de un territorio con límites por los continuos cambios. Estos, la mayoría de las veces, no dependen del sentir de un grupo de individuos que se reconoce entre sí como colectivo, sino de otro colectivo ajeno que por circunstancias también fluctuantes decide trazar una nueva frontera. Y su primera consecuencia es una demostración palpable de la endeblez entre la verdad y la mentira de la Historia; una línea difusa que se modifica al socaire de la ideología dominante. Por consiguiente, el individuo debe liberarse de la identificación espacial concreta e identificarse con un espacio más amplio y perenne más allá de las fluctuaciones políticas, ya que en esa línea está la creatividad y la fraternidad humana. Sin embargo, en el caso de Magris, no es un espacio diluido, su frontera es Mitteleuropa; un espacio con muchas fronteras políticas, con diferentes estados, pero en el que el autor se reconoce, puesto que los vínculos humanos trazados por la cultura son más fuertes y permanentes.

Ahora bien, la frontera siempre es una línea móvil, como ya se ha señalado, y toda movilidad implica un desplazamiento físico o psicológico, un viaje. En la obra de Claudio Magris, el viaje es una seña de identidad, un lugar en sí donde identificarse y permanecer:

La imprevisibilidad del viaje, la confusión y la dispersión de los caminos, el azar de las paradas, la incertidumbre de las noches, la asimetría de todos los recorridos. Partida y retorno, *le voyage pour connaître ma géographie* (Magris, 2004: 13-15).

El viaje debe servir para aprehender, para enriquecer el espacio vital propio. Se trata de alcanzar aquello de lo que el viajero, el hombre de frontera, conoce su carencia y que suplirá con el viaje-búsqueda.

Sin embargo, todo viaje para que sea enriquecedor debe ser biunívoco. No sólo el viajero, el hombre de frontera, recibe sino también deja a su paso aquello de lo que es portador, aunque tan sólo sean preguntas a las que todavía no ha encontrado una respuesta.. Un viaje en el que el propio viajero desconoce si, cuando llegue al final, será capaz de reconocerlo por la dificultad de la propia naturaleza humana. En definitiva, un viaje que según Yvonne Aversa (1999: 79-80):

Parece desarrollarse a través del tiempo y del espacio y, sin embargo, toca puntos álgidos donde el tiempo y el espacio ya no son dimensiones distintas, sino bloques compactos, donde la historia, la geografía, la poesía, el bien y el mal se encuentran entrelazados de forma tan compleja que sería imposible separarlos.

Ahora bien, Magris necesita un referente geográfico en el que sustentar su frontera y, con ella su identidad: el espacio en el que busca conocerse y reconocerse. Por ese motivo elige el Danubio, un río impreciso en su nacimiento y en su desembocadura, pero reconocible en su transcurso. Muestra así el límite entre lo externo y lo interno, entre lo impreciso y lo seguro. Se trata de una metáfora política de la no exclusión, ya que todas forman su razón de ser más allá de su propio origen.

Como ya se había mencionado al principio, Claudio Magris prefiere el término Mitteleuropa al de Centroeuropa, porque contiene el matiz de la convivencia entre distintos pueblos en un mismo espacio (alemán, magiar, eslavo, romache y hebraico). Es una palabra que, para él, es más que un espacio geográfico:

Hoy la palabra Mitteleuropa se ha convertido en el modo de pensar en una Europa realmente diversa y liberada de las ideologías de dominio. Y desde luego, en la forma de pensarla de una manera radicalmente distinta de la de Yalta (Gándara, 1989).

Aunque para Magris Mitteleuropa es un concepto claro y preciso, con su viaje a través del río, busca constatar si significa lo mismo para todos los habitantes de sus orillas. En el fondo, su viaje refleja el temor por comprobar si es una mera idealización de un tiempo y un espacio sustentado en la nada; una repetición de un estudioso del mito habsbúrguico (*Il mito asburguico nella letteratura austriaca moderna*, 1963) como vertebrador de la idea mitteleuropea. Por ello tomemos como punto de partida el mismo que Magris: las fuentes imprecisas del Danubio que ya en tiempos del emperador Francisco José (1830-1916) se intentaron fijar sin éxito; y que si bien fue un fracaso en el aspecto geográfico, no lo fue así en el espiritual. Esa imprecisión sirvió para definir al propio imperio austro-húngaro o habsbúrguico sustentado sobre una artificiosa vacuidad, una ficcionalización del pasado que persiste hasta nuestros días en Austria, país símbolo de ese imperio desaparecido. En este caso son los propios medios de comunicación los que la alimentan, hasta la saciedad, con el propósito de atraer un turismo que ansía encontrarlo<sup>1</sup>.

Pero la manera de entender Mitteleuropa ha creado conflictos y disputas desde siempre. Así, a principios del siglo XIX, el jurista Constantin Frantz se enfrentó con el canciller alemán Otto von Bismarck. El primero abogaba por una Mitteleuropa federal y plurinacional y la lengua alemana como elemento unificador<sup>2</sup>. En cambio, para el canciller era la justificación de sus ideales imperialistas, una Mitteleuropa desde Copenhague hasta Trieste.

Después de la Primera Guerra Mundial y del fin de los imperios centrales europeos, el concepto centroeuropeo es revisado de nuevo por el primer presidente de Checoslovaquia, Tomas Masaryk (1918-1935). Desde su punto de vista, es más apropiado el término Centroeuropa pues incluye a los países escandinavos, pero excluye a Alemania y Austria como grandes perdedores de la guerra.

Luego, con el ascenso del nazismo, la idea de Mitteleuropa será retomada como la reunificación de todos los países europeos de habla alemana pero bajo hegemonía germánica. Los resultados, de sobra conocidos, crearon un nuevo concepto: Europa Oriental. En él se marcaba una nueva frontera político-económica: dos maneras diferentes de concebir Europa, además de constatar la pérdida de su hegemonía; una división que Alemania sufriría en particular, pues esa nueva “frontera” quedaba establecida en su propio territorio. Esta herida llevaría a distintos intelectuales a reconsiderar la reunificación de Ale-

---

<sup>1</sup> Cf. Ferrer, M. R. (2000).

<sup>2</sup> Recoge este sentir: *Le Beau Danube jaune*. Modificado posteriormente por su hijo Michel Verne y popularizado bajo el título: *Le Pilote du Danube*. Verne, J. (1870). *El piloto del Danubio*. Madrid: Sáenz de Jubera Hermanos.

mania, lo que implicaría un nuevo dominio de Europa más allá de las concepciones imperiales anteriores:

The reconstruction of the destroyed Center of Europe, either as a precondition for or a consequence of a reconstruction of Europe as a whole. The German question is identical with the Central European confederation consisting of Germans, Austrians, Czechs, and Slovaks (Benz, 1990: 179).

A principios de los años 80, en pleno siglo XX, el concepto de Mitteleuropa volverá a renacer de la mano de intelectuales como Milan Kundera. Mitteleuropa es una cultura, una búsqueda de lugares comunes para contrarrestar el fuerte renacimiento de los nacionalismos, sobre todo en los Balcanes. Es una solución europea para una realidad internacional que pretende impulsar de nuevo el papel mundial de Europa. En esta corriente se inserta Claudio Magris, pues no hay que olvidar que *El Danubio* vio la luz bajo una Mitteleuropa dividida, otro motivo más de temor para nuestro autor de iniciar el viaje. Ese espacio geográfico entraña un fracaso político, quizás una idea sin futuro: “cualquier heredero habsbúrguico es un auténtico hombre del futuro, porque ha aprendido, antes que otros muchos a vivir sin futuro (...) no a vivir sino a sobrevivir” (Magris, 2004: 245); pero la misma desesperanza le lleva a afirmar:

Existe, no desaparece, no promete lo que no mantiene, no abandona, corre fiel y verificable; no conoce el azar de la teología, las perversiones ideológicas, las desilusiones del amor. Está ahí, tangible y verídico, y el devoto que le dedica su existencia la siente fluir en armoniosa e indisoluble unión con el fluir del río (Magris, 2004: 59).

En definitiva, Magris reivindica todos aquellos trazos culturales que unen, pero desplaza el centro de poder de Berlín a Viena. Tal vez, de una manera idealista, él quiere creer en el mito habsbúrguico de la convivencia entre diferentes pueblos. Cuando escribió la obra, las tensiones geopolíticas en los Balcanes eran patentes desde muchos años atrás (Ganivet, 1932: 325-329), situación comparable a la tensa espera descrita en una de sus novelas favoritas: *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati. Desgraciadamente, el conflicto balcánico no tardaría muchos años en estallar después de la publicación de *El Danubio*. Los nacionalismos implican espacios acotados e inamovibles en donde la frontera es muralla y no puente (Martínez-Conde, 1999: 154-165), todo lo contrario a la frontera reivindicada por Magris.

## 2. LITERATURA

Claudio Magris vive la frontera como una religión, por lo que siente la necesidad de “predicar” esa creencia aunque resulte reiterativo. Para él es una creencia que salvará al hombre en un mundo cada vez más globalizado donde las fronteras casi siempre obedecen a intereses económicos y no culturales, y en donde el hombre pasa a ser un mero peón dentro de un tablero. Sólo interesa si puede ganar la partida, en caso contrario, será sacrificado. Por todo ello, el autor hará de la literatura su púlpito (Magris, 2007: 9):

(...) la literatura, que a menudo consiste en un viaje de lo sabido a lo ignoto, pero también de lo ignoto a lo sabido, un territorio desconocido del que nos apropiamos. Siempre puede ocurrir que algo hasta ese momento familiar se manifieste extraño e inquietante, o bien que algo o alguien, una cultura que creíamos lejana y diferente, resulte ser por el contrario afín y próxima.

De este modo, la escritura se convierte en la única arma con la que cuenta para aprender y enseñar a convivir, a sobrepasar barreras no solo políticas y económicas sino también psicológicas y culturales, de ahí su importancia. Pero, al mismo tiempo, la literatura la entiende como un viaje sempiterno que, a partir de *El Danubio*, reescribirá continuamente, hasta la saciedad, en toda su producción literaria posterior. Esto implica que cada nueva publicación varíe en la forma pero no en el fondo; por eso, el lector ya conoce de antemano el tema y la conclusión, sólo le falta conocer la manera en que le va a ser narrado de nuevo. De ahí que esta obra resulte capital en su producción literaria, el resto son meras comparsas. No obstante, este comentario no debe tomarse en tono peyorativo.

Aunque, por una parte, *El Danubio* respira pesimismo porque el autor sabe que no va a poder recuperar un pasado cultural de convivencia que sea extensible en su espíritu a toda Europa, una convivencia que respete la divergencia de sus distintos países, puesto que Europa nada a la deriva en un río, la situación internacional, cuyas orillas no resultan fáciles de alcanzar. Es decir, una quimera de un futuro como continente reivindicador de su espacio fronterizo que evite los conflictos nacionalistas y recupere la concordia, primero en un espacio mitteleuropeo y luego europeo. Por otra, su empeño mitteleuropeo, con todo lo que ello implica de pasado ficcionalizado, es una forma de psicoanálisis individual que trata de reinterpretar la realidad vivida. Al mismo tiempo, Magris pretende, mediante la escritura, recobrar la memoria de lo heredado por los hombres de una determinada sociedad bajo unas mismas instituciones y con una misma lengua, en este caso el alemán, pero aplicable a cualquier otra lengua.

En palabras de Emilio Lledó (2000: 135): “en ese hablar han condicionado y mediatizado los contenidos de sucesivas y futuras memorias”. No sólo son reivindicadas las lenguas nacionales sino también las diferentes lenguas locales, pues son un elemento enriquecedor del propio espacio europeo. En opinión de George Steiner (2005: 72), otro mitteleuropeo de convicción, cada vez que una lengua desaparece, sucumbe una propia parte de todos los europeos. No sólo muere la lengua sino también toda la tradición que había arraigado a través de la misma, por lo que se pierde una parte de la cosmovisión europea plural. Esto también implica una defensa de la tradición oral como fuente de la escrita.

Por consiguiente, en esa búsqueda de ejemplos de convivencia, Magris bucea en las aguas literarias del Danubio entre los siglos XV, el momento de creación del imperio habsbúrgico, y el XX, anterior a la caída del Muro de Berlín. En definitiva es un período focalizador de todas las barbaries humanas dentro de la propia Europa y, a su vez, silenciador de otras violencias más allá de sus fronteras. De ello puede deducirse que, a pesar de que Magris (2004: 228) agradezca a esa literatura mitteleuropea el apoyo para “cicatrizarse” –“las ficciones de la civilización danubiana, sus irónicos disimulos, ayudan a eludir el intolerable escándalo de dolor, a seguir adelante. Hay que agradecerse, aunque éste sea su límite”–, no por ello debemos olvidar el papel de denuncia de la literatura, pues ésta debe acosar al lector para estar en guardia y cuestionarse la realidad cotidiana. Esta es una función de compromiso al que la literatura actual parece haber renunciado a favor de un éxito mediático efímero pero rentable. Por eso, en ese viaje literario danubiano, el río también se convierte en espacio representativo y de unidad de autores que expresan sus convicciones según el sufrimiento infligido por los gobiernos de turno.

Pero volviendo a la literatura danubiana, en el primer tramo del río, nuestro autor insiste en esa especial admiración por un pasado más ficticio que real, por la persecución del mito habsbúrgico:

La simbiosis de ineptitud y sabiduría, la incapacidad de actuar que se convierte en sagaz prudencia y en previsor estrategia, la vacilación y la contradicción elevadas a línea de conducta permanente, el deseo de paz mezclado con la fuerza de aceptar conflictos interminables e irresolubles (...). La grandiosa estática de los Habsburgo... la repugnancia por la acción, el *pathos* defensivo de quien tiende no a vencer sino a sobrevivir y no ama las guerras porque sabe, como sabía Francisco José, que las guerras se pierden (Magris, 2004: 125).

Así mismo, en el siglo XVII, el matemático y astrónomo Johannes Kepler lo ejemplificó con su admiración por la Nada como símbolo de ese imperio.

Conforme avanza por el río, el autor resalta aquellos escritores y estudiosos que tienen al Danubio como símbolo de su propia identidad. Entre los citados destaca, por una parte, los geógrafos y, por otra, literatos y ensayistas contemporáneos a Magris. Los primeros trataron de fijar sus fuentes: Sebastián Münster (1488-1552), o en 1718 Friedrich Wilhelm Breuning; o seguir el curso del río con carácter enciclopédico: Luigi Ferdinando Marsili (1658-1730). A todos ellos la frontera-río los superó, sirva de ejemplo ilustrativo la obra sobre el léxico de los barqueros, *Ein Handbuch für Reisende auf der Donau* (1819) de J. A. Schultes. Influido éste por la majestuosidad del Danubio no la concluyó porque no consideró que nunca desaparecería esa manera fluvial de actuar.

Sobre los estudiosos contemporáneos, la realidad política ligada a regímenes totalitarios les obliga a reivindicar espacios nacionales propios para poder desarrollarse como individuos, es decir, buscar su propia frontera creativa. Considero que este motivo no es del todo entendido por Claudio Magris pues mantiene ciertos matices “censurables” cuando habla de sus obras. Se trata de autores que tratan de sobrevivir dentro de un estado-tutor que los ahoga. La mayoría de ellos son completamente desconocidos en España, quizás por desarrollar su obra literaria bajo regímenes de intereses diametralmente opuestos al gobierno franquista gobernante en esos momentos. No obstante, no por ese anonimato impuesto nos dejan indiferentes sus reivindicaciones. La necesidad de la frontera como espacio del diálogo y la escritura como su vehículo de compromiso nos son comprensibles y ansiados.

A su paso por los Balcanes, el autor triestino intensifica la búsqueda de las raíces habsbúrguicas por el enfrentamiento civil que se avecina. Son países alimentados por una rebeldía histórica frente al opresor político de turno. Ni desde dentro de la propia Yugoslavia ni desde fuera han buscado en el “otro” aquello que podía aportar de positivo. Para ellos la frontera siempre ha sido un espacio contrario a lo unificador o creativo.

Cuando Magris llega al final del Danubio le sorprende no encontrar una desembocadura perfilada. La ramificación en delta remarca la incerteza del hombre mitteleuropeo como le había ocurrido en el nacimiento del río. Se nota un halo de tristeza en la obra puesto que el temor inicial se ha confirmado. No ha sido capaz de rescatar el espacio mitteleuropeo unificado aunque sólo sea como espacio literario. Es un intento fallido de despertar un pasado aletargado y arrastrarlo hacia la consciencia que lo conoce y en el que se reconoce (Lledó, 2000: 154). En ese viaje al interior de Europa desde la costa adriática, Magris ha descubierto que Mitteleuropa no es sostenible ni siquiera con carácter cultural. Su frontera, su espacio vital, debe ampliarse: Europa como continente. Tal como expresó en 2004 en su discurso de recogida del galardón del Premio

“Príncipe de Asturias” de las Letras: “sólo una Europa realmente unida puede hacer que las fronteras entre sus naciones y culturas sean puentes que las unan y no barreras que las separen”.

Sin embargo, esa vocación europeísta de apertura y aceptación, en la que muchos países mitteleuropeos han visto su futuro, ha traído nuevos temores y con ello nuevas fronteras<sup>3</sup>. Si en su obra *El Danubio* el peligro exterior lo representan los turcos -el imperio habsbúrguico fue la frontera de contención de estos a lo largo de los siglos- en la actualidad se considera como tal a los habitantes de parte de los mismos países mitteleuropeos. Por eso en un mundo cambiante, globalizado, la inmigración, llevada por el dolor y el hambre, se ha convertido en la nueva frontera (Magris, 2001a: 69). Aunque, por un lado, Magris habla de tender puentes, por otro expone la necesidad, ahora más que nunca, de replantear las nuevas fronteras y sus condiciones puesto que: “es un problema mayor que el terrorismo (...) Existe una obligación de solidaridad, pero también debe haber límites” (Aguilar, 2005).

Sorprende esa actitud de cautela para un autor situado en la frontera como espacio abierto y defensor de la misma. Así deja planteado un debate del que él mismo ha sido presa ya que, llevado por un optimismo humanista de fraternidad inicial, concluye en la necesidad de reconsiderarlo cuanto antes. La presión demográfica que sufre la Europa del bienestar conlleva una profunda reflexión ante el futuro que ya está aquí.

### 3. CONCLUSIONES

Claudio Magris se siente seducido por la frontera porque desde siempre ha sido su sino y lo que podría parecer un contratiempo en la vida de cualquiera, él lo ha transformado en una fuente personal enriquecedora:

La frontera es puente o barrera, estimula el diálogo o lo ahoga. Mi educación sentimental ha estado marcada por la odisea de las fronteras, por su arbitrariedad e inevitabilidad. Esto en Trieste se traducía en sentimiento de incertidumbre y extrañeza porque hasta 1954 fue territorio libre administrado por los norteamericanos y los ingleses. La consecuencia inmediata era no saber quién se era y trataba de construirse una identidad merced a esa alteridad exasperada (Magris, 2001a: 57-58).

Con todo este bagaje en sus maletas está preparado para comenzar el viaje iniciático en busca de la antigua Mitteleuropa como reducto cultural, llevado

---

<sup>3</sup>Para ilustrar este ejemplo sirvan las reflexiones del polaco Geremek, B. (1994).

por su creencia en la frontera como espacio creativo; una nueva religión de la que pretende hacer proselitismo a través de la literatura; una Mitteleuropa perfectamente ensamblada en el curso del Danubio como conector de un pasado mitificado, del que no ha conseguido desprenderse completamente, y que da título a uno de sus más conocidos trabajos ensayísticos: *El mito asburguico nella letteratura austriaca moderna* (1963), un viaje al interior de Europa simultáneo a una interiorización personal. Él busca en ese espacio interior, analítico y reflexivo lo que fue, lo que pudo ser y lo que desearía que fuese. Busca discernir la verdad del mito de los orígenes de la Mitteleuropa. Magris experimenta el temor de que los mismos avatares políticos vividos en la zona hayan reescrito el pasado acorde con los intereses de los gobiernos de turno:

Probablemente todos los mitos arcaicos, que ahora se nos presentan en su incorrupta verdad, hayan sido en su origen truco y poder tecnocrático, arcano acumulado por el poder, el enigma del que nos rodea una policía secreta. Los siglos eliminan a las policías secretas y su poder, de modo que sólo queda el relato *mythos* de su misterio, puro y auténtico como cualquier fábula que no persigue fines secundarios, y que sólo quiere contar (Magris, 2004: 350).

El viaje, iniciado con temor, ha concluido con los peores presagios: todo lo que representaba Mitteleuropa de convivencia en el pasado ha desaparecido. En una larga entrevista a Magris realizada por Yvonne Aversa con motivo de su tesis doctoral, nuestro autor dice:

Toda Europa central es una civilización de la defensa, de las barreras, del querer protegerse del mundo que amenaza, el miedo a no ser, el miedo a no existir (...) que se busquen defensas de cualquier clase: los uniformes, los libros, la casa. Mientras, detrás del miedo, a su vez se esconde cierto desprecio para los demás la massa, sin darse cuenta que todos somos massa (Aversa, 1999: 117).

Por eso, él ha ampliado su frontera, su espacio creativo, a toda Europa como representación de la humanidad entera: “No existe ninguna oposición entre lo particular y lo universal, entre el amor a la propia frontera y a la humanidad que no respeta ninguna frontera” (Magris, 2007: 23). Sin embargo, lo que parecía una afirmación sincera, él mismo empieza a llenarla de sombras. La Europa del bienestar sufre la avalancha migratoria tanto de una parte de los antiguos países mitteleuropeos como de aquellos más allá de la propia frontera física continental europea. En unas recientes declaraciones ha manifestado: “tenemos un montón de desheredados y los países europeos necesitan mucho de esta gente, además existe una obligación de solidaridad, pero también debe haber límites” (Aguilar, 2005).

En consecuencia, después de analizar a Claudio Magris como paradigma de frontera, habría que replantearse su sinceridad al respecto, en especial, si él mismo toma de Nietzsche una reflexión planteada en forma de pregunta y que requeriría una respuesta desde la frontera: “¿Dónde puedo sentirme en casa?” (Magris, 2002: 55).

#### BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, A. (2005). “Entrevista a Claudio Magris”. *El País*, 4 de agosto.
- Aversa, Y. (1999). *Claudio Magris. La literatura de frontera* [tesis doctoral inédita]. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Benz, H.-G. (2000). “Mitteleuropa and Post-Modern European Identity”. *New German Critique* 50: 173-192.
- Ferrer, M. R. (2000). “El comisario Rex, una guía turística de Viena” [en línea], *Cuadernos de comunicación multimedia* 9 <<http://www.ucm.es/info/multidoc/multidoc/revista/num9/Moser.htm>> [Consulta: marzo 2008].
- Gándara, A. (1989). “Claudio Magris, un viaje a la memoria”. *El País*, 16 de enero.
- Ganivet, P. (1932). “Los problemas del Danubio”. *Orto, revista de documentación social* 6: 325-329.
- Geremek, B. (1994). “Las nuevas fronteras de Europa”. *Leviatán* 56: 95-102.
- Lledó, E. (2000). *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*. Barcelona: Crítica.
- Magris, C. (2007). “Escrituras de frontera”. *Revista de Occidente* 316: 5-24.
- Magris, C. (2004<sup>a</sup>). *El Danubio*. Barcelona: Anagrama.
- Magris, C. (2001). *Utopía y desencanto. Historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad*. Barcelona: Anagrama.
- Magris, C. (2001<sup>a</sup>). “Desde el otro lado. Consideraciones fronterizas”. In: Magris, C. (2001): 57-70.
- Magris, C. (2001<sup>b</sup>). “¿Hay que expulsar a los poetas de la república?”. In: Magris, C. (2001): 23-42.
- Martínez-Conde, P. (1999). “Claudio Magris, el camino de la cultura”. *Revista de Occidente* 218-219: 154-165.
- Pellegrini, E. (2002). “Le frontiere di Claudio Magris”. *Quaderns d'Italia* 7: 63-73.
- Steiner, G. (2005). *La idea de Europa*. Madrid: Siruela.
- Verne, J. (s.a.). *El piloto del Danubio*. Madrid: Sáenz de Jubera Hermanos.